



Texto

Aralia López González / Facultad de Filosofía y Letras *

No supe si lo que me despertó fue su mirada que llamaba la mía, o si fue el silencio que paseaba una desconocida calma por la calle. Una calma que murmuraba ausencia en mis oídos acostumbrados al motor de los coches, al abrir y cerrar de puertas de los vecinos, a la conversación de los desvelados. Aunque tal vez no fue ni su mirada ni el silencio lo que dio aviso a mi conciencia, sino la gruesa soledad que pesaba sobre el silencio. Sé que la soledad atraviesa primero los oídos para instalarse después en el estómago, y si uno duerme ligero la sentirá moverse, ir y venir cautelosamente —como quien reconoce la tierra donde habrá de sembrarse—, tierra yerma donde cava profundo. Yo la sentí, y al despertar, vi su pequeña vida tibia, suave, que estaba pendiente de la mía desde sus ojos redondos y azules. Un azul más que cielo, lejano; más que líquido, fugitivo, portador de una mirada húmeda, quizá amorosa o tal vez sólo imprecisa, que exigía una respuesta a una pregunta muda que nada más él conocía, porque encerrada en su cuerpo y asomada a sus ojos, no podía formularla con palabras. Comprometidos en un debate de miradas más inteligentes cuanto más enigmáticas observé sus bigotes blancos, erizos tenues presumiendo lo definitivo. Observé su cara quieta, apenas blanda, asumiendo el hermetismo de la especie que ronda, diminuta, el olor del misterio. Y seguimos mirándonos, encadenados a la pregunta muda que él no podía formular con palabras. Mas decidí levantarme y darle leche. Vino detrás de mí. Una vez roto el silencio, la atracción del juego, lentamente extraño, llegó a su fin. Mientras bebía relamiéndose pensé, a pesar de todo, en la posibilidad de una pregunta condenada al silencio que indaga sin respuesta desde los ojos de mi gato.

* Del curso del profesor Héctor Valdés: *Introducción a las investigaciones literarias*.

y pasó

Algo pasaba en el centro de la Tierra. Unos cuantos, más de los supuestos, lo sentían. En los observatorios sonaron llamadas angustiosas que no recibieron respuestas, porque ningún fenómeno medible constaba en los instrumentos altamente especializados. Quizá era sólo un ligero temblor provocado por un magma inconforme que buscaba acomodo; tal vez un nuevo Ángel Rebelde estaba siendo expulsado de alguno de los paraísos existentes en alguna galaxia; o bien serían las contracciones bíblicas de Eva, condenada a su historia, alumbrando reiterativamente a Caín o Abel. Pero lo cierto era que algo pasaba en el centro de la Tierra. Unos cuantos, más de los supuestos, lo sentían. Y el miedo creció en sus adentros muertos de miedo, porque la tierra no es gratuita en sus entrañas, y aunque no exista Dios, la idea de finalidad no había desaparecido de los hombres.

En una casa, un poco vieja como todas las casas, y un mucho sola como todas las casas, permanecía una familia vigilante. De siete miembros asexuados, alternativamente cuatro, uno, cero, cinco, siete, aparecían o desaparecían según las circunstancias. A la hora de comer —casi siempre siete, solamente siete minutos, ausentes en la erótica costumbre, presentes en la tánica devoración del subsistir que no olvidaban todavía, a pesar de sus fútiles consecuencias— alguien sintió la contracción. Pero incapaz de lenguaje solamente miró a los otros. Nadie lo vio. Y el aviso visceral, somnoliento, salió por la rendija de la puerta hacia la calle, pegándose al cemento. El aire lo empujaba hinchándolo intangible, luego llenándolo de polvo, hasta formar un cuerpo dócil y gaseoso que se fue coloreando de negras redondeces activamente muertas.

Ajenos al inmóvil éter que avanzaba, no obstante lo eterno del presente, los individuos agónicos detrás de sus máscaras contra la luz contaminada y la atmósfera tóxica, caminaban. Y el aviso crecía, creciendo y caminando con los hombres, ennegreciéndose con el contacto de sus respiraciones, humedeciéndose con la saliva acumulada en sus lenguas paráliticas, y con el sudor aprisionado en sus axilas antitérmicas.

Agitado, transitaba presagiando una fatalidad a punto de madurar. Unos cuantos, más de los supuestos, permeables al instante pasado de moda, reconocieron en sus adentros muertos de miedo, la amorfa fisonomía del embrión gigantesco en el cual germinaba la liquidación; aunque en torno, la indiferencia que sin duda había destrozado los contactos del sistema nervioso, se imponía casi general en el reducido espacio del planeta.

El aviso, deambulando por los siglos, había recogido la fuerza de los tiempos, propositivamente ciega cuanto más definida. Y airado, tomó la forma de una flecha que llevaba en sí la posibilidad flexible de extenderse, doblar, enroscarse, subir, bajar omnipresente, para penetrar en la sustancia consciente.

Por fin el grito, anhelada nostalgia, estremeció la tierra; atravesados por el agudo filo, los hombres yacían ensartados y unidos otra vez por el dolor. El extraño animal configurado de alaridos reptaba, ondulantemente trágico, desbordándose de sus técnicas orillas de concreto. Nuevamente la naturaleza imponía sus leyes y la antigua lucha entre lo humano y lo divino, se libraba en algún lugar. En algún lugar como una inteligencia o un corazón de hombre, todavía de carne, que exudaba un ideativo sentir magníficamente estropeado, pero aún vivo. La salvación, presentida en la oscuridad de una serpiente o en la erizada corona de espinas, había que esperarla ahora del grito; del grito irrevocable de gargantas sin sed, perforadas por una flecha lentamente construida en la aparente insensibilidad del polvo transitado.

El pretérito se disolvía en un sinporvenir. Solamente el instante, transcurrir eterno, espejeaba en las caras vueltas de nuevo las unas a las otras, violentadas por el obligado contacto de una herida solidaria. Y el grito, multiplicidad liberada cada vez más acorde, ahondaba en las simientes activando la húmeda suavidad metafísica que emergía, fetal, en los ojos indolentes de las bestias intelectuales.